

Gautiero de Mauny les dijo carinosamente por vía de consuelo:

—Eduardo es duro de corazón, pero valiente, y sabrá estimar á los valientes; y es generoso y no podrá menos de apreciar vuestro ofrecimiento generoso. ¡Fiad en Dios y en su santísima Madre!

—¡Oremos! exclamó Saint-Pierre.

—¡Oremos! respondieron todos, y oraron con el mayor recogimiento durante el corto trecho que del campo enemigo les separaba, entonando el salmo:

«Ten misericordia de mí, Señor, según tu gran misericordia.»

Y este otro:

«Ten misericordia de mí, Señor, que estoy atribulado; conturbado está con el pesar mi ojo, mi alma y mi vientre.»

En las grandes calamidades de la vida no hay consuelo posible más que en la religión, y la oración, que es su lenguaje, nos pone en comunicación directa con Dios.

(Se concluirá.)

## EL ALMA QUE DUERME.

(Conclusion.)

### VI.

Con el alma turbada todavía con todos estos incidentes, pero con el corazón henchido de esperanza, volvió Lionel á tomar el camino de la antigua granja de Obrian.

Llegó á la hora de comer.

Su tío había ya vuelto de su viaje, pero más triste, más inquieto y más pálido todavía que antes de su marcha.

En la primera parte de la comida, apenas dirigió la palabra á su sobrino.

Después, de repente:

—He ido á Dublin, le dijo.

—¿Podría preguntaros la causa de ese viaje? le dijo Lionel.

—No, le respondió su tío, pero después de un momento de silencio, y como hablando consigo mismo:

—No la habían vuelto al convento... murmuró. No he podido verla ni hablarla.

—¿Y quién es ella? preguntó el sobrino.

—¡Eso no te importa! respondió bruscamente el tío, sorprendido al pronto y contrariado de que Lionel hubiera podido oírle.

—Pues tío, yo voy á ser más comunicativo con vos, si me lo permitís, voy á haceros una confianza:

—¿De qué se trata?... habla.

—He hecho conocimientos en las inmediaciones... casi podría decir amistades.

—¿Qué amistades?

—En primer lugar, la de una joven que se llama Alicia.

—¡Alicia Obrian! exclamó el anciano, con repentina emoción.

—Sí, tío mío.

Y como el buen hombre permaneciese mudo, continuó Lionel.

—Es una interesante enferma esa joven... y yo ya soy su médico, con la autorización se entiende, de su abuelo Patrik-Troil.

—¿Y qué! Patrik-Troil, ha podido consentir...

—Al principio puso algunas dificultades... No os lo ocultaré.... parece que no nos quiere bien ese irascible patriarca.

—Hace mal, interrumpió el tío Garvis, cuyo rostro examinaba atentamente su sobrino. Si su yerno me ha cedido el dominio de Obrian con condiciones ventajosas... lo confieso... si he hecho un buen negocio, ¿es esto un crimen? Es un viejo ambicioso ese Patrik.

Cuando el matrimonio, ó más bien el bodorrio de Obrian con su hija, contó con ser el abuelo de una noble y rica familia. La de Obrian no tuvo más que un solo hijo... Alicia... y murió al darla á luz. Casi loco de dolor Obrian, se constituyó en el campeón de las libertades irlandesas, y en esta desesperada lucha consumió las tres cuartas partes de su fortuna. Ya me debía considerables sumas, cuando á consecuencia de la última insurrección, obligado á huir tuvo nueva necesidad de dinero. De ahí provino toda la venta de sus bienes pactada entre nosotros... Venta rescindible á la verdad, si en un cierto plazo me reembolsaba mis préstamos.

Después de una larga emigración en América, obtuvo su indulto, y se embarcó para ir á Irlanda. El buque en que venía naufragó. Y he debido tomar posesión de sus bienes para reintegrarme: estaba en mi derecho. Patrik-Troil se negó á reconocerlo y me puso un pleito. Los tribunales han sentenciado en mi favor; pero lejos de abusar de mi victoria, he hecho ofrecer á Patrik-Troil una generosa indemnización para su nieta. El orgulloso aldeano la ha rehusado y rehúsa todavía... y si he ido á Dublin, es porque contaba con encontrar á Alicia en el convento en que se ha educado y entenderme mejor con ella. Su abuelo la tiene ahora á su lado, y según todas las probabilidades, me prohibirá el ir á su casa... Esta es la pura verdad. Lionel, es culpa mía... Di.... tendrá nadie que reconvenirme después de lo que hago.

Aunque esta larga explicación no carecía de cierto embarazo que podía dar lugar á algunas sospechas, el corazón leal de Lionel no concibió ningunas, y con completa y alegre confianza le respondió:

—Ninguna necesidad tenía yo de saber todo eso, mi buen tío, para estimaros tanto como os amo... y desde las primeras palabras de Patrik-Troil, le interrumpí cumpliendo mi deber diciéndole: ¡El hermano de mi padre es un hombre de bien!

Un ligero rubor animó el pálido rostro de Garvis; pero su sobrino no era hombre de repararlo, y así es que repuesto el anciano de su pasajera emoción, alargó la mano á su sobrino diciéndole:

—Gracias, hijo mío, no dudaba de tí, pero como corren tantas habillitas y calumnias en el país sobre mi conducta, he querido enterarte de todo. Esto supuesto, ten entendido que si llegas á salvar á Alicia Obrian y calmar el resentimiento de su abuelo, darás un gran consuelo á tu tío que te lo agradecerá eternamente. Al hablar así Garvis, tenía la voz extrañamente oprimida. En vano luchaba contra una

AÑO XX. 11.



emocion que cualquiera hubiera atribuido á un remordimiento, pero Lionel con el franco entusiasmo de la juventud lo atribuyó en favor de su tío.

Levantóse éste de la mesa, y á manera de despedida le dijo:

—Tengo necesidad de estar solo... con frecuencia solo... puedes ir á casa de Patrik cuando quieras... vuelve allí amenudo y trata de curar á la hija de Obrian... yo era el amigo de su padre.

Se marchó.

Cuando Lionel se vió libre, trató de aprovecharse del permiso que le habian dado. Desgraciadamente era ya demasiado tarde para presentarse en el molino, pero en cambio se acercaba la hora de la aparicion.

Se dirigió, pues, hácia la capilla, distraido con sus esperanzas, cuando en su camino tropezó con una masa negra, una criatura viviente que lanzó de repente un agudo grito.

Bajó los ojos Lionel y reconoció á Bob, el andrajoso pescador de contrabando.

—¿Qué diablos haces ahí á estas horas? le preguntó.

—Por vos estoy aquí, replicó el chiquillo. Acecho.

—¿Qué acechas?

—Ya os he dicho, que es mi secreto. Pero este secreto lo sabreis dentro de quince dias lo mas tarde, cuando yo os ofrezca la cosa.

—Ah! sí... esa rareza, ese tesoro... dijo sonriendo el joven, que al pronto se temió que le espiaban.

—Los pobres no pueden hacer ricos presentes, replicó Bob, pero me quedaré muy contento si lo recibis con gusto: os amo... porque sois el primero que me ha dirigido palabras amables.

—Y el primero que te ha dado un schelin.

—Es verdad.

—Pues aquí tienes dos... cuatro... para que puedas vestirme decentemente mañana para la procesion... Ahora, déjame, deseo quedarme solo aquí.

Y dando una cabriola de contento, echó á correr el muchacho y desapareció en las sombras de la noche.

Ya era tiempo, Lionel acababa de oír un ligero ruido hácia la parte del molino.

Apareció Alicia toda vestida de blanco como en la noche anterior andando con un paso extraordinario y la mirada fija.

Entró en la capilla, donde no se atrevió á seguirla Lionel. Volvió á salir muy pronto, andubo vagando algunos minutos por las orillas del estanque, cogió tambien un ramo de flores acuáticas, y lentamente volvió á subir hasta el acueducto ó cañaleja, y por aquel peligroso camino volvió á entrarse en la ventana de su cuartito.

Había el joven médico seguido sus pasos reteniendo su aliento por miedo de no asustarla, pero examinándola con los ojos de la ciencia y adquiriendo la mas firme conviccion de que no era una fantasma, sino una sonámbula.

Cuando hubo desaparecido Alicia, volvióse lentamente Lionel hacia la capilla, entró en ella, se arrodilló ante el altar y pidió á Dios que bendijese sus esfuerzos para curar á Alicia.

Al volver á entrar en el viejo cementerio le chocó una cosa.

Aquel ruido que habia sido como el preludio de toda la aventura, aquella acompasada respiracion, aquel armonioso aliento lo oía todavía entre las zarzas.

¿De dónde provenia aquel inesplicable murmullo? Era la voz de otra Alicia, de una de las muertas que en otro tiempo habia llevado aquel nombre y que la animaba á salvarla. Lionel que ya entonces no era un soñador sino un médico, desechó aquellas quimeras.

Fué á consultar á Dublin, y estudió todos los libros que trataban del sonambulismo, bien convencido de que esta era la enfermedad de Alicia de Obrian.

## VII.

Al dia siguiente era el de la fiesta de la comarca, en que se celebraba una procesion á la Virgen, y en la que Alicia, que se presentó alumbrando con una vela, llamó la atencion de todos, creyendo ver en ella una muerta, tal era su terrible palidez.

Lionel que habia pasado la noche en compulsar sus libros de medicina, en disponer un plan curativo, y componer un filtro que creia infalible, se fué al molino.

Patrik lo recibió cortesmente, pero con frialdad, nacida de haber visto á Garvis por la mañana y haber sentido renovársele todo su odio. Pero no se oponia al proyecto del médico, dejándole en entera libertad, y aun evitando los dias siguientes el encontrarse allí á la hora de sus visitas!

Lionel las prolongó y multiplicó hasta el infinito. Poco á poco fué tomando la dulce costumbre de ir por la mañana al molino y no marcharse hasta por la tarde. Lo que mas necesitaba la pobre Alicia era companía, distraccion, una especie de medicina enteramente moral. No tenia á nadie con quien cambiar sus ideas, sus pensamientos, se hallaba sola, se fastidiaba: el fastidio es muchas veces fatal para las doncellas.

Su nuevo amigo era músico y allí habia un piano hacia mucho tiempo cerrado. Alicia habia recibido en el convento la mas completa educacion: se despertó por decirlo así del melancólico letargo en que se agostaban sus diez y siete años. Una de las recetas para la curacion del mal, eran dos horas de música con el médico; despues lecturas y paseo, siempre en companía del médico. Alicia fué mejorando y el abuelo veia encantado los progresos de la salud de su nieta.

Pero se guardaba bien de demostrarle todo su reconocimiento, porque empezaba á apercibirse de algo de lo que pasaba.

Avanzaba con rapidez maravillosa la curacion. Recobraba Alicia todas las apariencias de la salud, toda su alegría y todo su buen humor.

El dia que cumplia los quince dias de la curacion, al volver Patrik del mercado de un pueblo inmediato, divisó desde lejos á su nieta, que conducida por Lionel, habia salido á recibirle... á mas de una legua del molino. En cuanto Alicia vió al anciano, se levantó de unas piedras en que estaba sentada y corrió dando saltos á abrazarle, llegando despues de una larga carrera, con el ojo alegre, risueños los labios, y con hermosos colores las mejillas. Aquello era un milagro, una verdadera resurreccion.

Cuando el anciano pudo desprenderse de los locos abrazos de su nieta, las lágrimas inundaban su rostro; quiso hablar... y no pudo... la felicidad le ahogaba.

Se dirigió hácia Lionel y le apretó fuertemente la mano. Al fin sollozando pudo decirle:



—Gracias; gracias... A vos os la debo... me habeis devuelto mi hija.

Sucumbiendo á tantas emociones medio se desmayó entre los brazos de Lionel y de Alicia, que entre los dos le sostenían en medio del camino.

Apenas hubo vuelto en sí, cuando su rostro cambió de repente y tomó una expresión casi severa. Afectó colocarse entre los dos jóvenes, permanecía silencioso, estaba triste.

La experiencia del anciano le hacía prever lo que Alicia y Lionel mismo no sospechaban. Su instinto le decía con terror que aquellos dos jóvenes se amaban.

Alicia era ahora pobre, Lionel rico, y además era el sobrino de Garvis.

### VIII.

Pasó todavía otra semana, durante la cual creció la intimidad de Alicia y Lionel.

Una especie de recaída hubo entretanto, que alarmó de nuevo al joven doctor.

Durante los tres cuatro días que habían seguido á su primera visita, la sonámbula había todavía continuado sus paseos nocturnos alrededor de la capilla del cementerio.

Cesaron despues de repente, prueba de una mejora real en el estado nervioso de la jóven.

Cada noche la aguardaba en vano Lionel, si bien sentía no verla llegar porque su presencia le encantaba.

Al cabo de cierto número de noches pasadas sin verla Lionel, la volvió á ver aparecer repentinamente.

Su extraño sonambulismo, volvió á comenzar á la verdad no con la riguridad que otras veces, sino de una manera intermitente, caprichosa, incomprensible.

Una noche sobre todo, su paseo se prolongó mas agitado y mas febril que en la época en que el mal se hallaba en toda su exaltación. Previo Lionel desde por la mañana con su esquisito tacto médico que aquella noche había paseo, y se propuso averiguar que era lo que traía á Alicia á la capilla, para lo cual desde muy temprano y desde el anochecer entró en ella, dejando las puertas entornadas segun las había encontrado. Sabiendo que no existe la noche para la mirada de los sonámbulos, Lionel buscó un sitio seguro en que esconderse.

Desgraciadamente las paredes de la capilla eran lisas, no tenían columnas ni había en ella altares laterales. Escondese detrás del único altar le pareció al piadoso irlandés una especie de sacrilegio. De repente uno de los rayos de la luna vino á dar sobre el ángulo de un confesonario que había en la capilla, de ébano pulimentado. Allí fué á sentarse y esconderse Lionel.

En medio del profundo silencio que reinaba en el religioso recinto, el ruido exterior, aquel misterioso aliento que se desprendía de entre las zarzas, parecía respirar en la iglesia misma.

Y todavía mas singular, mas fuertemente que fuera.

Diríase que todos los muertos enterrados, tanto en el cementerio como en la capilla respiraban á la vez como bajo el peso de una impaciente y dolorosa pesadilla.

Aunque valiente nuestro héroe, comenzaba ya á estremecerse y temblar á pesar suyo, cuando se abrió de repente la puerta de la capilla y la claridad de la luna iluminó su única nave.

En medio de aquella fantástica claridad apareció la sombra de Alicia.

Se deslizó ligera en la capilla, se arrodilló, y con las manos y la vista levantadas hacía su bóveda, inmóvil bajo su largo y blanco velo parecía la estatua de un ángel con sus alas plegadas.

Hubo un largo silencio.

Despues con una voz armoniosa y dulce cual un lejano canto, cual el murmullo de un arpa eolia dijo:

—Madre mia... pobre madre... á quien tan pronto he perdido... Padre mio... ¡á quien sirve de sepulcro el Océano!... Por los dos he orado... ahora os llamo... Venid á hablar con vuestra hija!... Ella os espera... ella os escucha...

Calló entonces... y el profundo silencio que reinaba en torno de ella, parecía prestar su oído á desconocidas voces, aquellas voces... que hablaban entre la zarza...

Saliendo al fin de su prolongado éxtasis, hizo un movimiento para levantarse, pero volviendo á arrodillarse de pronto y con mas ternura todavía dirigió al cielo esta segunda oración:

—Ay otra persona, por la que tambien vengo aqui á orar. Si... si... mi abuelo no quiere que le ame.

Pero yo no puedo desprenderme de su imagen... Perdon... perdon, padre y madre mia... perdon, porque su recuerdo me es tan amable como el vuestro. Perdonadme si mezclo su nombre á vuestros nombres. El me ha salvado la vida, él me ha dado como una segunda alma que es una parte de la suya. ¡Dios mio, bendecid á Lionel!... Oh!... Lionel... Lionel...

Durante todavía algunos minutos, permaneció en la misma actitud y murmurando por intervalos el mismo nombre.

Despues levantándose al fin, salió á pasos lentos de la capilla, brillando en su mirada una casta alegría y repitiendo todavía con celestial sonrisa:

—Lionel!... Lionel!...

Apenas había desaparecido Alicia, cuando Lionel salió del confesonario, pálido, descompuesto el semblante, palpitando de embriaguez, acababa de adquirir la evidencia de que era amado.

Para volverla á ver todavía, para velar sobre ella, quiso lanzarse en pos de sus pasos, pero al volverse, en vez de la blanca sombra de Alicia, descubrió dibujándose en el umbral de la iglesia iluminada siempre por la luna, una sombra negra.

Aquella sombra... era la de un hombre embozado en una capa y cuyas facciones permanecían enteramente ocultas bajo un ancho sombrero.

Temiendo que aquel desconocido hubiese encontrado á Alicia y que su propia presencia en la capilla hiciese sospechar una cita clandestina, Lionel se retiró vivamente á la sombra y para mas seguridad volvió á meterse en el confesonario, en el que se ocultó de nuevo. Por desgracia, al cerrar la puerta hizo algun ruido.

El hombre de la capa parecía haberlo oído porque inmediatamente se dirigió hacía aquel lado.

Creyó Lionel que aquel hombre vendría á promover alguna disputa.

No era esa la intención del desconocido, porque al llegar cerca del confesonario se descubrió respetuosamente, trazó sobre su pecho la señal de la cruz, y despues de una especie



de gemido... el gemido de un alma en pena... se arrodilló y so acercó al sitio reservado para el tribunal de la penitencia.

Lionel había visto confusamente todo esto, veía aquel hombre cerca de él, y con terror presentía que iba á tomarle por un sacerdote.

Efectivamente se oyó una voz que le dijo:

—¿Estais ahí, padre?

Aquella voz... era la de su tío Garvis.

## IX.

Terrible era la situación de Lionel.

Mudo de estupefacción, trataba de reponerse y de encontrar un medio de salir con honor del apuro en que se hallaba.

Su tío Garvis, al ver dentro del confesonario un homi-



Por aquel peligroso camino volvió á entrarse en la ventana de su cuartito.

bre, se confirmó en la creencia de que era un sacerdote el que iba á oírle, y comenzó así:

—Tened compasión de mí, padre..... porque he perdido toda felicidad, todo reposo... porque la venganza del cielo pesa cruelmente sobre mí... pero es justa y la he merecido!

En vano intentó Lionel tartamudear algunas palabras para esquivar aquella confesion, sin ser reconocido.

—¡Padre, no me interrumpais! exclamó con una energía desesperada el anciano, que cerraba la puerta del confesonario, que trataba de abrir el que se hallaba dentro. No huys de mí... escuchadme hasta el fin... Yo era un hombre de bien... os lo juro... y hasta el día en que me faltaron las fuerzas para resistir á la tentación, había observado fielmente todos los mandamientos de la ley de Dios, sobre tod



el sétimo, *no hurtar*. He infringido esta ley divina... una vez... una vez sola en mi vida... y desde ese día, desde que soy rico, no tengo ni una hora de tranquilidad, ni una hora de sueño.

Recuerdos febriles me asedian, fantasmas amenazadores me persiguen!... quisiera reparar el mal que he hecho, pero no puedo, no me atrevo!... estoy como un condenado! Pero Dios perdona todo al arrepentimiento... y yo me arrepiento... yo me arrepiento...

Todavía otra vez quiso intentar Lionel salirse del confesonario, pero su tío no se lo permitió ni quiso oírle nada.

—Dejadme, padre, acabar! prosiguió animándose cada vez mas y mas.

—Es verdad que me debía considerables sumas... pero esa pretendida venta no era mas que una precaucion para poner sus bienes al abrigo de la venganza del gobierno inglés... era una venta simulada. Al confesar la verdad, yo me hubiera arruinado tambien, porque el estado lo hubiera cogido todo... todo! Pero esto no es una excusa... y yo me he aprovechado de que todos sus papeles habian desaparecido con él, en aquel fatal naufragio... y he abusado de la confianza, de la desgracia de un amigo, de ese pobre Obrian...



—Deja esos pájaros ahí. Así es como yo recibo tu regalo.

A aquel nombre Lionel, recobró repentinamente toda su lucidez, toda su fuerza. Abrió con violencia la puerta que le retenia cautivo, de un salto se puso fuera del confesonario y gritó:

—No acabeis, tío... no acabeis... Soy yo el que estaba ahí... yo!

—¡Infeliz! exclamó el viejo. Tú has sorprendido mi secreto...

—Dad de ello gracias á Dios, tío... porque él mismo es el que ha dirigido todo esto... Alicia Obrian y yo nos amamos!

—¿Sería posible?

—Tío mío... mi tutor... mi único pariente... ¿me autorizais á pedir la mano de Alicia?

—Pero... Patrik-Troil, no querrá jamás consentir...

—Consentirá... lo espero.

—Asegúrale bien, que os daré en dote todo el patrimonio.

—¡No me digais eso, tío mío! le dijo interrumpiéndole vivamente el joven. Yo tambien soy rico, me casaré con Alicia pobre... entre ella y yo, la cuestion no es de dinero, sino de amor!

—Pero, replicó el anciano, yo no soy tan culpable como tú podrias suponerme... las tres cuartas partes al menos de



esta fortuna me pertenecen legítimamente, y si yo hubiese revelado la verdad, el fisco inglés... ese implacable acreedor que tiene preferencia sobre todos...

Lionel de nuevo no le dejó concluir.

—¿A qué vienen todas esas explicaciones, tío? Todo lo he olvidado... y si este matrimonio se verifica, no solo vuestro honor quedará en salvo... aun para mí... sino que recobraréis la paz de vuestra conciencia.

—Tienes razón, le dijo su tío Garvis, obra según las inspiraciones de tu corazón, y ojalá salgas con bien en todo... porque este matrimonio... este matrimonio... Ah! sí, sería el perdón del cielo!

## X.

Apenas los primeros rayos del sol doraban la cima de los álamos que rodeaban el molino, cuando Lionel llamaba á la puerta de este.

—¿Dónde está Patrik-Troil? preguntó á una criada.

—¡En Dublin! respondió desde lo alto de la escalera la voz de Alicia.

—¿Cómo?... ¿levantada ya?

—Ya hace mucho tiempo... Desde mi ventana os he visto venir.

—¿Y á qué ha ido el abuelo á Dublin?

—No lo sé.

—¿A qué hora volverá?

—A la noche.

—Es que tengo necesidad de hablarle de una cosa muy importante... y no quisiera perder un minuto.

—¿Teneis mas que aguardarle?

—Le aguardaré.

Pasaron un día delicioso, el cielo estaba puro, y al través de las hojas de los árboles corría una fresca brisa procedente de la mar. Los pajarillos cantaban alegremente cual nunca habían cantado. Alicia y Lionel se hallaban sentados en el fondo de un cenador en el jardín.

—Alicia, le dijo de repente Lionel; ¿si nuestros parientes consintiesen en que nos casásemos, seríais con gusto mi mujer?

Alicia le miró toda asombrada.

—Hablo muy formalmente, Alicia, respondedme lo mismo.

—Pero, murmuró bajando los ojos, es una boda lo que me proponeis.

—Sí.

—Sabeis como se conciertan en nuestro pobre país.

—Sin duda. Se cambia entre los amantes un objeto cualquiera en el que se tiene un pensamiento piadoso, una poesía... un recuerdo... dijo Lionel sacando de su pecho algunas flores acuáticas secas... Por ejemplo, estas florecitas, recogidas por mí desde la primera noche que os vi, y que desde entonces las he llevado aquí... sobre mi corazón.

Alicia no respondió todavía, pero desprendió de su cuello cierta medalla de plata por la que parecía tener una veneración particular.

Después, con una voz trémula por la emoción:

—Esta santa reliquia me viene de mi madre, dijo.

Lionel le presentaba las flores, y ella la medalla.

Cambiaron en silencio aquellas prendas de amor, agarrándose el uno al otro la mano que la daba.

—¡Dios mío! dijeron á un mismo tiempo, desposad nuestras dos almas.

Tal es la casta y sencilla costumbre de Irlanda.

El resto del día se les pasó formando risueños proyectos para el porvenir.

Al fin desapareció el sol del horizonte.

—Vamos los dos á esperar al abuelo, dijo entonces Alicia.

—No, respondió Lionel, es preciso que yo le nable sin que vos estéis allí... yo iré solo.

Después, atrayendo hacia sí su prometida esposa, la dijo:

—Para que tenga buena suerte, dame un beso.

Era el primero.

La joven le presentó su frente virginal.

Con una respetuosa ternura, los labios de Lionel se posaron sobre ella.

Ruborosa y confusa Alicia echó á correr hacia la casa.

Lionel salió al camino, donde no tardó en encontrar á Patrik-Troil.

El viejo venia con paso firme y resuelto: el joven que por la mañana, tal vez no se hubiera acercado á él sino temblando, sentía la alegre audacia que da la felicidad.

—Patrik, comenzó por decirle, detengámonos aquí algunos instantes... necesito hablaros.

—Y yo también á vos, replicó el anciano, apoyándose en su bastón de roble.

El joven se inclinó con respeto:

—Ya os escucho, señor Troil.

—Vengo de Dublin, señor Lionel.

—Ya lo sé... pero ignoro todavía con qué objeto...

—Espero que me perdonareis el haber querido consultar sobre la enfermedad de Alicia á otros médicos, á los mas famosos del país, á vuestros profesores.

—Muy bien hecho, y no puedo menos de aprobarlo, ¿y qué han dicho?

—Han encontrado muy bueno cuanto habeis mandado, lo reconozco, pero al aprobar vuestras recetas han añadido un consejo.

—¿Qué consejo?

—El de casar á mi Alicia... y lo mas pronto posible.

—¡Perfectamente bien! soy de la misma opinion, y además ya la he encontrado marido.

—¿Cómo?

—Ese marido... si gustais, seré yo.

—¡Vos!... ¡Vos! ¡Lionel Garvis!

El joven no se conmovió lo mas mínimo por aquel primer movimiento de cólera, y replicó con una gran calma:

—Mañana por la mañana traeré conmigo á mi tío, que os pedirá oficialmente su mano.

—¡Eh!... Quiso gritar el viejo Patrik. ¡Eh, en mi casa! Pero eso no podría ser sino para devolverme....

—Yo nada tengo que ver con eso: interrumpió vivamente Lionel. Alicia y yo no pensamos en intereses.—Vos arreglareis todos esos detalles con mi tío.

—¡Vuestro tío! pero, si no quiero recibirlo... Si digo que no quiero.

—Ya lo recibireis bien, porque sois justo y bueno.... Desde aquí á mañana, lo pensareis mejor... porque no queréis hacer la desgracia de Alicia.

—¡Alicia!

—Interrogadla vos mismo, padre mío, le dijo el joven con



tanto afecto como respeto. Ved la prenda de boda que acaba de darme en cambio de la mia. Me ama tanto como yo la amo, y este amor es su vida. Hasta mañana.

Y dejando al viejo que se quedó muy pensativo, se alejó de allí.

# XI.

A la mañana siguiente, el recibimiento del viejo Patrik-Troil fué también un poco frío, pero al menos muy político.

El tío Garvis y él se encerraron en un cuarto para hablar.

Alicia y Lionel tomaron juntos el camino del estanque.

Cosa extraña, aunque era por la mañana, y aunque hacía mucho sol, se oía el ruido nocturno.

Y esta vez evidentemente salía de los zarzales de junto á la capilla.

Muy pronto se mezcló otra clase de ruido... el de las hojas y las ramas al troncharse.

Apresuró Lionel á doblar el ángulo del edificio y á mirar.

Entre las zarzas se agitaba una masa negra. Aquella masa era Bob.

—¿Qué diablos estas haciendo ahí, Bob?

—¡Al fin llegó el día! exclamó triunfante el muchacho. Lo que os he prometido, lo que os voy á dar, lo acabo de coger... porque es un nido... un nido de mochuelos negros... y eso no se coge todos los días... Tomad, tomad, mirad como alargan el pico los polluelos, ¡son tan malos como su padre y su madre! Los oís como me las juran... juran y suspiran como si fuera de noche.

Efectivamente, se veía la pollada en el nido entre las zarzas, y se oía el aliento fatigoso y fuerte de los mochuelos negros.

Aquel aliento era el que Lionel había escuchado durante tantas noches: aquella misteriosa respiración era la que él llamaba el *alma que duerme*.

—Bob, preguntó Lionel al muchacho, estos pájaros aunque no se les incomode, hacen oír siempre un ruido igual?

—Sí señor; pero únicamente de noche... toda la noche cuando duermen. Algunas gentes que no lo saben les causan mucho miedo.

Alicia y Lionel se miraron sonriendo.

Después dirigiéndose á Bob, que iba á echar mano al nido:

—Deja esos pájaros ahí, le dijo Lionel. Así es como yo recibo tu regalo. Quiero que para siempre queden libres.

Y volviéndose hacia Alicia añadió:

—Gracias á ellos nos hemos encontrado, les debemos nuestra felicidad, nuestra ventura!

Aquella felicidad, aquella ventura, eran ahora ciertas, porque los dos ancianos llegaban allí en aquel momento; porque Patrik-Troil tendía su mano á Lionel llamándole su hijo: porque el tío Garvis abría sus brazos á Alicia llamándola su hija.

Si por casualidad algunos de nuestros lectores visitasen hoy esta parte de la Irlanda, no dejarían de enseñarles el pintoresco castillo y quinta de Obrian, que una inteligente restauración parece haber rejuvenecido tres siglos.

Allí habita la pareja mas encantadora, la mas feliz, la mas justamente amada de toda la isla.

Tal vez en alguna sombría alameda, encontrarían dos ancianos que parecen los dos mejores amigos del mundo, y serían Patrik-Troil y el tío Garvis.

Por último, si en las verdes orillas del estanque viesen jugueteando unos rubios y graciosos niños al cuidado de un mozo vigoroso con la librea de la casa de Obrian, podrían decir con toda confianza:

—Son los hijos de Alicia y de Lionel, y el que los cuida el señor Bob.

Forma parte de la familia de la casa el bueno de Bob, y él saca los niños á paseo y los entretiene. También les coge á veces algunos nidos, pero nunca jamás en los viejos zarzales del cementerio de la capilla.

## GLORIAS DE ESPAÑA.

### EGILONA.

#### I.

Emulo el caudillo árabe Muza de las glorias que Tarif, enviado por él, había obtenido en la conquista de España, quiso pasar á la Península, para tener también su parte de honra y provecho en aquellos triunfos que llegaban, exagerados por la distancia, á resonar en los remotos confines del África y de la Arabia. El Miramamolín-Ulit, príncipe de los creyentes, que se hallaba tan gozoso como entusiasmado por la reciente adquisición de las templadas y fértiles provincias españolas, no solo aprobó los designios de Muza, sino que le facilitó cuantos medios eran conducentes para lograr su objeto. Muza trajo á España un ejército de refuerzo de doce mil combatientes: con ellos desembarcó en Algeciras, y su primera hazaña fué la toma de Medina-Sidonia á la que se siguió bien pronto la de Carmona, y el efecto moral producido por estas dos conquistas le facilitó la entrada en Sevilla, abandonada por los pocos que pudieran defenderla. No faltaron rasgos de valor heroico por parte de los godos españoles para la defensa de sus últimas posesiones; pero á nada conducían por lo aislados y lo tardíos, y en Guadalete había pasado la mejor ocasión de sacrificarse por la patria. Así es, que ya de grado ó después de una malograda defensa, Muza se hizo dueño de todas las poblaciones de aquella parte de la Península, y lo que puso el colmo á su renombre, fué la rendición de Beja y sobre todo, la de Mérida, la antigua colonia romana, la ciudad famosa por su extensión y la grandeza de sus muros.

Tantas y tan continuadas victorias habían de indisponer entre sí á los dos ambiciosos caudillos árabes en la Península. Miraba Tarif con disimulado recelo los triunfos de su rival, y aspiraba Muza nada menos que á desposeer á Tarif, no solo del mando, sino del prestigio que entre vencidos y vencedores había alcanzado por sus primeras conquistas. En vano se avistaron y se salieron al encuentro, prodigándose en público las mayores demostraciones de afecto: había entre ellos una secreta envidia y un rencor pronto á mani-



festarse. Muza, mas previsor, conoció que el rompimiento era inevitable, y quiso prepararse con tiempo para esta ocasion.

Habia traído consigo de Africa á su hijo Abdalasis, manco valeroso y de grandes esperanzas, que ansiaba imitar las hazañas de su padre, no peleando á su lado, sino acaudillando por sí solo algun cuerpo de ejército con el que pudiera realizar sus nobles aspiraciones. El padre, que conocia los deseos de su hijo y que no podia atender á la vez á los cuidados de tan vasta conquista, deseaba sobre todo dejar asegurado su poder y sustituida su autoridad en una persona de toda su confianza, durante la ausencia que veia muy próxima. Hizo comparecer á Abdalasis, delante de algunos gefes, hombres seguros que iba á poner á sus órdenes, y le dijo:

—Las pruebas de valor y capacidad que has dado en las últimas funciones de guerra, han elevado tu reputacion y te han granjeado, todavía mas que por tu nacimiento, el aprecio de mis valientes. Con ellos y al frente de un ejército escogido vas á entrar por tierras de Valencia, nuevo y glorioso campo de batalla que ofrezco á tu ardimiento, seguro de que en todo caso, sabrás morir como soldado, si no sabes triunfar como general.

Correspondió cual era de esperar el joven Abdalasis á las esperanzas de su ilustre padre y en una pronta y feliz campaña, se hizo dueño de un inmenso y fértil territorio, apoderándose de puntos tan importantes como Denia, Alicante y Huerta, llegando hasta la misma Valencia, siendo mas notable que los triunfos del joven caudillo, la moderacion que usaba despues de la victoria, dejando algun respiro á los vencidos, no arrebatándoles sus bienes y concediéndoles, cosa desconocida hasta entonces, el libre ejercicio de su religion, lo que contribuyó no poco á la completa sumision de los pueblos cristianos de la Península.

Entretanto, la discordia entre Muza y Tarif, atizada por una secreta envidia, habia llegado á su colmo, y aunque unidos aparentemente para la conquista de Zaragoza, á quien concedieron una honrosa capitulacion, luego que fueron dueños de tan principal ciudad, estallaron tan públicamente sus desavenencias, que el Miramamolín los hizo comparecer á su presencia, resuelto á que no volviesen jamás á la Península, temeroso y con razon, de que por la discordia de los dos ambiciosos generales, viniese á perder cuanto el imperio de la media luna acababa de adquirir en aquella tan rica como bella parte del mundo.

Vióse entonces Abdalasis, único y respetado gefe de los musulmanes en la Península, y estando los cristianos por otra parte, tan desarmados por su notoria benignidad, como pudieran estarlo por la fuerza de las armas, puso término á sus conquistas, viniendo á gozar el fruto de todas ellas en la ciudad de Sevilla, que bien merecia la preferencia que la dió para ser su corte y la capital de todas las provincias conquistadas.

## II.

Hallábanse refugiados en Sevilla los restos de la monarquía goda, y entre otras personas de distincion se hallaba allí tambien la desventurada reina Egilona, viuda de don Rodrigo, último rey de los godos. Movido Abdalasis, no tanto por una natural curiosidad, como por las noticias que de

las buenas prendas de la princesa habian llegado á su noticia, mandó que la sacasen al instante de la mal disimulada prision en que gemia y que la trajesen á su presencia. Al presentarse Egilona delante de Abdalasis, conoció éste que la fama se habia quedado muy inferior á la realidad, al divulgar las bellas prendas de aquella muger, mas cuando la desventurada reina fijó en él su mirada poderosa y franca, el árabe se estremeció y sintió que toda su sangre le ardía en las venas; aquella era la vision fantástica de sus sueños; aquella era la verdadera hurf del paraíso. El vencedor quedó en el acto prendado de su cautiva; mas dotado de un gran poder sobre sí mismo, disimuló la estraña emocion que sentia y dijo con blanda voz á su interesante prisionera:

—Escúchame, ilustre princesa; en mis expediciones y al cruzar varias veces la Espana, siempre he oído elogiar encarecidamente tu hermosura y tu prudencia. Mucho tiempo hace que tenia vivos deseos de verte y sabia que al fin te habia de encontrar, para mitigar en lo que me fuese posible tu triste situacion: desde ahora mismo eres libre, libres son tambien las personas leales que contigo han querido sufrir el cautiverio y podrán residir donde mas les convenga; pero en cuanto á tí, bella Egilona, quiero que habites en este palacio de tus antepasados. En el vivirás tranquila y respetada y en el olvidarás, así lo espero, las contrariedades de la suerte.

Salió el árabe, temeroso de sí mismo, esquivando las demostraciones de gratitud de Egilona; pero desde aquel instante, ni la reina se apartaba de su imaginacion, ni dejaba de disponer se la prodigasen las mayores atenciones, buscando con afán la ocasion de manifestar sus deseos y poner término á la inquietud que le devoraba. Acechando de continuo los pasos de Egilona, no tardó en hallar esta ocasion propicia.

Desaparecia ya el sol reflejando en las bulliciosas ondas del Guadalquivir sus últimos rayos, y al calor sofocante de el dia, iba sucediendo la deliciosa frescura de la tarde. Egilona acostumbraba á esta hora salir de el Alcázar á respirar con mas libertad en la orilla del rio, deteniéndose á contemplar el risueño paisaje en un verde bosquecillo que avanzaba en forma de promontorio sobre un remanso del rio. La industria humana en nada habia modificado aquella vegetacion primitiva; mas por esto mismo, presentaba indecibles atractivos. Egilona amaba la soledad, y cuando apartadas las mugeres que la servian, creia en aquella hora de misterio y de dulce melancolía, hallarse completamente sola, vió comparecer de improviso á Abdalasis, sin que su presencia la sobresaltase, porque aquel altivo árabe de ilustre linage, tenia las maneras de un cumplido caballero cristiano, y aque guerrero de tan probado brio se manifestaba siempre tímido, y respetuoso ante ella.

—Te buscaba, la dijo, encantadora Egilona, porque es preciso acelerar el instante solemne que ha de decidir de tu suerte. Bien sabes que soy el dueño de la Espana y que á mi voz obedecen los ejércitos que se estienden por todo el pais. sabes que se hundió tu trono, que se perdió tu culto, y cuantas desventuras han caído sobre tu desgraciado pueblo.

—Lo sé, contestó secamente Egilona.

—Pues todo puede tener pronto remedio: tus pueblos, dignos de mejor suerte, la verán pronto asegurada, tu culto se restablecerá y tú volverás á reinar, si me amas, bella Egi-